

JOSÉ MARTÍ Y LA HISTORIOGRAFÍA NORTEAMERICANA DEL SIGLO XIX

Rafael ROJAS*

La reconstitución de Estados Unidos en las décadas que siguieron a la Guerra Civil, a fines del siglo XIX, es un periodo mítico en la historia intelectual norteamericana. Aquellos fueron los años de gestación de una nueva sociedad post-esclavista en una república federal, que quebraba el molde originario de su dotación de derechos, codificado por la Constitución de 1787. Los años, también, en que el despliegue hemisférico de la hegemonía regional de Estados Unidos tomó un impulso decisivo en medio de la rivalidad con las nuevas potencias europeas. Washington se refundó entonces como imperio y como república, con las enormes implicaciones que esa reconfiguración nacional tuvo para sus relaciones con América Latina y el Caribe, en la víspera de la crisis final del imperio español.

Algunos de los mayores historiadores y críticos de Estados Unidos, en el siglo XX, se interesaron en esa refundación. Francis O. Mathiessen le dedicó su libro *American Renaissance* (1941), sobre “el arte y la expresión” en la que llamaba “era de Emerson y Whitman”. Aunque Mathiessen también se ocupaba de otros escritores de aquellas décadas, como Hawthorne y Melville, el espíritu de época que le interesaba reconstruir estaba alojado en algún lugar de la tensión entre el trascendentalismo filosófico emersoniano y la poesía democrática whitmaniana. El renacimiento americano, tras la gran polarización entre el Norte y el Sur, según Mathiessen, estaba marcado por el diálogo del espíritu y la naturaleza, introducido por los trascendentalistas de Concord y por la carnalidad del sujeto en la poesía civil de Whitman. Entre un polo y otro se desplegaba el “círculo completo” de aquellos “semidioses” americanos de fin de siglo (Mathiessen, 1941: 635-656).

Edmund Wilson, otro gran crítico norteamericano, ya en el arranque de la Guerra Fría, regresó al tema en su libro *Patriotic Gore* (1962), aunque intentó

* Profesor-investigador de la División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), México.

ampliar el espectro de voces que protagonizaron aquella edad dorada. No sólo dedicó semblanzas a Emerson y a Thoreau, a Whitman y a Melville, sino que se interesó en escritores menos letrados o más populares como Ambrose Bierce y Harriet Beecher Stowe e incluyó, dentro de la nueva literatura, a políticos como Abraham Lincoln y Ulysses Grant, que en sus cartas y discursos contribuyeron a moldear aquel renacimiento americano. Al decir de Wilson, la refundación de la república a fines del siglo XIX cargó con la memoria de la Guerra Civil y la imagen de los líderes de aquella gesta en el campo intelectual norteamericano.

El poeta y político cubano José Martí vivió en Nueva York, como es sabido, entre los primeros días de enero de 1880 —de hecho desembarcó en ese puerto el 3 de enero de ese año, en un buque transatlántico de correo llamado “Francia”, que partió a fines de diciembre del puerto del Havre—, y febrero de 1895, cuando se traslada, primero, a Cabo Haitiano, para de allí embarcarse hacia las costas orientales de Cuba, donde encabezará la última revolución por la independencia de la isla. En esos quince años de residencia en Estados Unidos, Martí viajó por buena parte del territorio norteamericano: visitó con frecuencia Boston y Washington, Filadelfia y Baltimore, Tampa y Cayo Hueso. Su conocimiento de la geografía, la cultura, la política y la historia de Estados Unidos es un dato ineludible de su nutrida escritura periodística.

Algunos estudiosos de la obra de Martí sobre Estados Unidos, como José Ballón Aguirre, Susana Rotker y Anne Fountain, han insistido en la familiaridad que alcanzó Martí con los textos de Whitman y Emerson, con la filosofía de los trascendentalistas y la literatura de la postguerra civil (Ballón Aguirre, 1986, 1995; Rotker, 1992; Fountain, 2003). En las páginas que siguen quisiera concentrarme en un aspecto menos conocido de la formación americana del cubano que fue el de sus lecturas de historiadores de Estados Unidos, con los que aprendió a dotar de información histórica sus crónicas periodísticas. Me detendré en dos historiadores citados con frecuencia en la obra de José Martí, George Bancroft (1800-1891) y John Lothrop Motley (1814-1877), ambos referencias fundamentales no sólo para la instrucción histórica sobre Estados Unidos del joven poeta cubano sino para la construcción de su concepto de Revolución.

Como veremos, los juicios de Martí sobre Bancroft son cambiantes. Comienza admirándolo intensamente, como historiador y como diplomático, entre 1882 y 1891, pero a su muerte en este último año, anota algunas objeciones que intentaremos explicar. Motley, en cambio, es siempre una referencia positiva en Martí, ya que este historiador, al que llama “divino”, no intervino tanto en la política práctica como Bancroft, aunque sí cumplió funciones diplomáticas. El desencanto de Martí con George Bancroft tuvo que ver con el creciente y exhaustivo conocimiento del cubano sobre la biografía política de un letrado

demócrata, del Norte abolicionista, que compartió en buena medida el proyecto expansionista de los sureños a mediados del siglo XIX y que condujo una diplomacia amistosa con Otto von Bismarck en Europa.

La lectura de Martí de los historiadores norteamericanos sigue una línea ascendente de curiosidad e identificación, que llega al clímax entre 1887 y 1889, cuando se celebra el centenario de la Constitución y del primer gobierno de George Washington, para luego entrar en una fase de desencanto que intentaremos elucidar. A principios de los años 1890, cuando el poeta se involucra plenamente en la organización del Partido Revolucionario Cubano y de la nueva guerra de independencia, su visión de la historiografía positivista norteamericana es, fundamentalmente, crítica. Para entonces, la historia que interesa a Martí está más cerca de la obra de románticos ingleses o franceses como Carlyle o Michelet que de la historiografía cívica de los norteamericanos de la misma generación.

EL LIBRO COMO ALMOHADA

En un panegírico de Bancroft que se publicó en 1891 en la Academia Americana de Artes y Ciencias y que Martí pudo haber leído, Andrew McFarland Davies sostenía que antes de ingresar en la Universidad de Harvard, Bancroft había recorrido Europa, especialmente Alemania, donde había hecho estancias en las universidades de Göttingen, Heidelberg y Berlín y había conocido a Alexander von Humboldt. McFarland Davies destacaba el hecho de que, a diferencia de muchos historiadores de su misma generación, que habían tenido una formación británica, Bancroft procedía de un ambiente donde pesaba mucho la filosofía alemana de la historia, en la tradición de Herder y Humboldt (McFarland Davies, 1891: 3-4). Esa peculiaridad pudo haber sido uno de los atractivos que Bancroft ejerció sobre Martí.

Otro elemento que pudo atraer al cubano es que Bancroft era percibido, equivocadamente, como un intelectual alineado con las posiciones del Norte abolicionista, en el contexto de la invasión contra México entre 1846 y 1848 y de la Guerra Civil entre 1861 y 1865. En la semblanza citada, McFarland Davies recordaba que Bancroft se había postulado como candidato demócrata a la gubernatura de Massachusetts, su estado natal, en 1844, y que tras su derrota, el gobierno expansionista de James Knox Polk lo había invitado al gabinete presidencial como Secretario de Marina. Al estallar el conflicto con México, al año siguiente, Bancroft, según esta versión, presentó su dimisión y fue enviado como representante diplomático a Londres y luego a Prusia, desde donde regresaría, tras la Guerra Civil, a Nueva York (1891: 5-8). Para la época

en que Martí arribó a la ciudad, Bancroft estaba retirado de la diplomacia y la política y se encontraba inmerso en la investigación histórica, como miembro y líder de la American Historical Association.

Sin embargo, las primeras menciones de Bancroft en las crónicas de Martí se refieren a él como autor del panegírico de Lincoln, pronunciado en el Congreso de Estados Unidos en 1865. En ese momento no se habían publicado aún los diez volúmenes de *The History of the United States from the Discovery of the American Continent* (1874), pero Bancroft pudo haber moldeado su proyecto en ese momento, considerando que la abolición de la esclavitud y el martirio de Lincoln eran el desenlace de una historia providencial que arrancaba con la Revolución americana de fines del siglo XVIII. En su célebre panegírico, Bancroft sostenía el argumento, que luego desarrollaría en los últimos volúmenes de su obra magna, y que también es muy frecuente en Martí, de que Lincoln cumplía en la historia de Estados Unidos un papel similar al de un hijo de los dioses o los padres fundadores, que completaba el proyecto republicano de la nación americana (Bancroft, 1865).

Martí menciona a Bancroft en una crónica de marzo de 1882 para *La Opinión Nacional* de Caracas, en la que compara la oración fúnebre de Henry Lee a la muerte de George Washington con la que Bancroft dedicó a Lincoln en 1865. Esa analogía era ya una suscripción de la dialéctica del padre y el hijo en la descendencia de los patricios republicanos, que seguirá buena parte de la historiografía decimonónica de Estados Unidos y de casi todas las naciones americanas. Pero, a la vez, Martí intentaba relacionar a Bancroft con el abolicionismo y la oposición a la guerra contra México, al establecer la identidad entre el historiador y el héroe: “Muchos años después del panegírico famoso de Henry Lee, el historiador Bancroft pronunciaba ante el Congreso americano, el elogio de Lincoln”, y agregaba: “aquel que no bien puso su pie ancho de leñador en la casa de las leyes, acusó con voces nobles de justicia, la guerra que el presidente Polk, hombre del Sur, movía interesadamente contra México” (Martí, 2003: 165).

Aunque nacido en Carolina del Norte, Polk se había identificado con los intereses esclavistas de los demócratas sureños durante su gobierno del estado de Tennessee. Durante su presidencia, Washington reaccionó contra la oposición del gobierno mexicano a reconocer la anexión de Texas y lanzó una intervención del norte y el centro de México, que inspiró al publicista John L. O’ Sullivan en su elaboración del concepto de “destino manifiesto”, el encargo providencial supuestamente asignado a Estados Unidos, como república protestante y sajona, para civilizar a las naciones latinas, católicas y, por tanto, bárbaras, del sur. Deliberadamente, Martí entrelazaba la crítica del expansionismo de

la administración de Polk con el panegírico de Lincoln por Bancroft que veía, a su vez, como actualización del legado de Washington, celebrado por Lee.

Dos meses después, en una nueva crónica para *La Opinión Nacional* de Caracas, Martí ya ha comenzado a leer la *Historia* de Bancroft. Al cubano le impresiona la perseverancia de un historiador que empieza a escribir una obra en 1834 y no la ha concluido aún en 1882, medio siglo después. Bancroft, dice, “alimenta su genio” con el trabajo y hace que el lector se sienta “como de mayor estatura y más fuerte” (2003: 198). Antes de la aparición de los primeros volúmenes de esa gran obra, los norteamericanos conocían muy mal su historia. Los textos sobre el pasado colonial de John Marshall o los del italiano Carlo Botta sobre la Revolución de Independencia eran “pobres” o páginas “hermosas, pero breves, muy breves” (198). Tuvo que llegar un americano joven, que había estudiado en Heidelberg —“casa de la historia, toda llena de ruinas y romances, con sus estudiantes magnánimos, pendencieros y laboriosos; con sus bosques que invitan a meditar; con sus murallas rotas que llevan la mente a la obra del tiempo; con su río solemne, que hace pensar en la corriente de la vida”—, para que Estados Unidos tuviera su primera historia moderna.

Bancroft es buen historiador porque al conocimiento suma la buena escritura —comenzó escribiendo versos, dato que entusiasma al poeta Martí— y porque piensa filosóficamente el pasado. No narra lo sucedido como si se tratara de una “cumbre de hechos, engastados a modo de rosario, o puestos en junto confusamente a manera de maraña”, sino como un dramaturgo que dispone escenas, héroes y pasiones (199). Es, sobre todo, en los volúmenes sobre la Revolución de 1776 y el proceso de redacción, deliberación y promulgación de la Constitución de 1787, donde Martí encuentra ese entramado de narración e interpretación. Desde la perspectiva de las polémicas historiográficas del siglo XIX, entre la historia filosófica, al estilo de Herder, Hegel, Guizot o Quinet, y la historia narrativa, a la manera de Thierry, Sismondi y Barante, que defendió Andrés Bello desde Chile, Martí se colocaría en un punto medio (199).¹ El tipo de historia que elogiaba Martí en Bancroft recuerda el análisis de Hayden White sobre la estructura del drama en la historiografía romántica, a propósito de la tragedia y el romance en Michelet, y Tocqueville, en su libro *Metahistoria* (1992: 135-160, 187-222):

Para Bancroft no hay acontecimiento aislado. La revolución que había de hacer libre a esta tierra empieza para él en la plegaria. Él ve desde la cima, por lo que abarca bien todo lo que pasa en el llano. Agrupa los sucesos. Indica su relación secreta, da a los hombres su doble aspecto racional y poético, escribe con colores.

¹ Sobre la polémica historiográfica del XIX, véase Rafael Rojas (2009).

No ve en un hecho, el hecho desnudo; sino que cuenta los azares del espíritu que lo engendró. Se entra en las almas, y las saca a la luz. Pinta las épocas con sus afectos, con sus costumbres, con sus pasiones, con sus vestiduras: pinta las casas, los caminos, la selva majestuosa, las ciudades. Puebla su libro de vivos. Ve al hombre, como el buen historiador ha de verlo, en todos sus aspectos (Martí, 2003: 199).

Martí observa que luego de concluir su monumental obra con un volumen sobre la Revolución norteamericana, Bancroft se centró en una historia del proceso constitucional que condujo a la promulgación de la Carta Magna de 1787. En otra crónica para *El Partido Liberal* de México, en 1887, dirá que esa *Historia de la formación de la Constitución de Estados Unidos de América* (1882) “enseña más” que la voluminosa *Historia de los Estados Unidos* (1874) (2003: 777). Pero cuando aparece el estudio constitucional de Bancroft, Martí señala que ese libro debería de “ser la almohada de nuestros pensadores” (200). El entusiasmo de Martí es tal que podría afirmarse que es a Bancroft a quien debe el cubano las nociones básicas de historia política de Estados Unidos y de derecho constitucional moderno. A través de Bancroft entra en contacto con los debates sobre confederalismo y federalismo, con los matices que, dentro de la democracia, enfrentaron a Lee y a Madison, a Jefferson y a Hamilton, pero también con la tesis, que leerá en Bolívar y en Montesquieu, de que una Constitución es “una ley viva y práctica que no puede construirse con elementos ideológicos”, ya que se origina en la “naturaleza” de cada nación (199).

La idea de que la Constitución norteamericana de 1787 es la menos imperfecta de las constituciones modernas, y de que, como cualquier otra, es inimitable, ya se lee en esas crónicas de 1882 de Martí. Desde entonces, objeta la consagración de la esclavitud en el texto, pero explica esa limitación con el hecho de que Jefferson y otros constitucionalistas partidarios de la abolición prefirieron renunciar a esa premisa, que contrariaba el derecho natural a la libertad, para impedir la fractura de la nación. Cinco años después, en una conocida crónica para *La Nación* de Buenos Aires sobre el centenario de la Constitución, Martí reiterará las nociones históricas y jurídicas aprendidas en su lectura de Bancroft. A diferencia de los artículos de la Confederación, que “cayeron en ridículo por ser imitación postiza de las ligas griegas”, la Constitución de 1787 “enseña a los pueblos que sólo echan raíces en las naciones códigos que nacen de ellas” (944).

A Martí no sólo le interesó Bancroft como historiador sino como diplomático. En una crónica para *La Nación* de Buenos Aires, de 1885, cuestiona el nacionalismo alemán que alienta en el régimen de Bismarck en Prusia y que obliga a los inmigrantes alemanes, naturalizados en Estados Unidos, a tener que realizar el servicio militar en caso de que regresen a su tierra natal. Martí

descubre que esa práctica, que le parece un “inconcebible desconocimiento de los derechos personales”, se basa en un tratado diplomático firmado, precisamente, por George Bancroft, cuando era embajador en Alemania, en 1868, y que establecía que luego de dos años de repatriación, los migrantes naturalizados en Estados Unidos perdían la segunda nacionalidad (487). Esa debió ser la primera decepción del cubano: el historiador que narraba, virtuosamente, la Revolución de 1776 y la Constitución de 1787, era, como diplomático, un cómplice del ascenso del imperialismo prusiano.

A la muerte de Bancroft, con un discernimiento mayor de la biografía política del historiador, Martí apunta: “ayer caía Bancroft, el último de los historiadores retóricos, frívolo e injusto, amigo de Bismarck contra los franceses: el que puso la mano en Texas y en California” (2003: 1477). En tres líneas, buena parte de los elogios a Bancroft, que el propio Martí había escrito durante una década en sus crónicas para periódicos hispanoamericanos, quedaban en entredicho. Ya para entonces, Martí sabía que Bancroft, a pesar de su panegírico de Lincoln, fue uno de los mayores letrados del partido demócrata y que como Secretario de Marina y Guerra, en los años cuarenta, apoyó decididamente el expansionismo norteamericano sobre los territorios de Texas, Nuevo México y California.

LOS TAMBORES HUECOS DE LA HISTORIA

Al conocer mejor la biografía de Bancroft, Martí altera su valoración sobre la obra historiográfica del norteamericano. John Lothrop Motley, que no siempre salía airoso del paralelo con Bancroft, es restituido ahora como modelo de la mejor historiografía escrita en Estados Unidos. Martí menciona a Motley desde las primeras crónicas que dedica a Bancroft, estableciendo un contrapunto. Al igual que Bancroft, Motley fue diplomático en Europa, pero, según Martí, “vivió entre desvanes de anticuario, bibliotecas y archivos”, lo que lo convertía más claramente en historiador profesional, “deleitoso” y “caballeresco”, que narró con arte sumo e ímpetu la historia de Holanda (200). En otra crónica de 1883 para *La Nación*, Martí ubica a Motley en el centro de la vida intelectual de Boston y dice que el historiador, “tan bello como Byron”, “luce” en la ciudad y que su *Historia de la revuelta de los Países Bajos* —uno de los cuatro volúmenes de *The History of the United Netherlands* (1867)— es un “libro que encadena y nutre, y no ha de faltar en anaquel muy a la mano de la librería del hombre de hoy” (2003: 216).

Los libros de Motley, según Martí, son “más artísticos y levantados” que los de Bancroft. En buena medida, porque el historiador anticuario pertenece

a la misma “raza noble” de Nueva Inglaterra a la que pertenecen los filósofos trascendentalistas de Concord (2003: 777). El paralelo entre Bancroft y Motley, gradualmente, va moviéndose a favor del segundo, tanto desde el punto vista estético como del político, ya que el estudio de Holanda encaja mejor en la estirpe republicana y abolicionista del Norte con la que Martí se identifica. La *Historia de los Países Bajos*, que siguió a una primera serie de volúmenes titulada *The Rise of the Dutch Republic* (1856), tiene para Martí el valor agregado de contar el levantamiento de las provincias holandesas en contra de la monarquía católica española en tiempos de Felipe II, lo que para el cubano, que lucha por la independencia de una isla del Caribe contra un imperio colonial, entraña un sentido alegórico.

Motley había muerto en 1877, pero en los años 80, cuando Martí vivió en Nueva York, su obra era sumamente reconocida. *The Rise of the Dutch Republic. A History*, donde Martí leyó sobre el federalismo puritano y el ceremonial cívico de las repúblicas, se reeditó en Nueva York, por Harpers and Brothers, en 1883, cuando el cubano ya llevaba tres años en esa ciudad. El historiador no sólo destacaba la importancia de la Revolución Holandesa del siglo XVI para las ideas federalistas y republicanas de los padres fundadores de Estados Unidos sino que, en sus ensayos sobre la Guerra de Secesión y la reconstrucción de la democracia norteamericana, resaltaba el valor de la abolición de la esclavitud. A diferencia de Bancroft, Motley había criticado el expansionismo norteamericano y había cuestionado el ascenso imperial de Otto von Bismarck y Napoleón III en Europa. Su credo republicano, formado en el estudio de la filosofía calvinista de Johannes Althusius, lo llevó a objetar el relanzamiento del Reich tras la Revolución de 1848.

En una crónica para *La Nación*, de fines de 1888, Martí comenta los preparativos para la celebración del centenario de la primera presidencia de George Washington, en 1789, y apunta que la fiesta será “ruidosa, con pasos y alegorías como aquellas de Holanda que cuenta en su libro hechicero el americano Motley” (2003: 1146). Decía también Martí que acababa de editarse en Nueva York un “retrato” de Motley, aunque quizás el cubano se refería a la memoria sobre el historiador de Oliver Wendell Holmes, reimpressa en 1888, que enfatizaba la perspectiva abolicionista del historiador en diversos artículos y cartas en la prensa, escritos desde Viena, donde era embajador, y que fueron reunidos en el volumen *Causes of the Civil War in America* (1861) (2003: 1146).² Pero anotaba Martí algo curioso en su crónica y era que, según el cubano, Motley se había opuesto también al lanzamiento del imperialismo prusiano por Bismarck, a quien “habría echado en cara su política de un pie ¡torre de viento!

² Véase Oliver Wendell Holmes (1879: 101-126).

con la misma bravura con que sacó de los archivos españoles la verdad sobre el lívido Felipe” (2003:1146-1147).

En realidad, como recordaba Holmes, Motley se había hecho gran amigo de Bismarck durante su misión diplomática en Austria y Gran Bretaña y se había carteadado profusamente con el político prusiano (Curtis, 1889: 218-222). Pero Motley cuestionó respetuosamente a Bismarck por los *blitzkriegs* prusianos contra Austria en 1866 y contra Francia en 1871. No sólo eso: si Martí llegó a revisar la correspondencia de Motley, editada en 1889, seguramente pudo confirmar el firme abolicionismo unionista del historiador y hasta algún apunte elogioso sobre la manera en que los parlamentarios británicos, contrarios a la esclavitud, enfocaban la cuestión cubana en Londres (1889: 271-273). Tan temprano como en 1861, Motley observaba que si la mezcla de esclavitud y anexionismo de los estados sureños continuaba, los Estados Unidos acabarían involucrados en una guerra con España, por el control de Cuba, que no convenía a los norteamericanos (357-359).

La alusión de Martí al “lívido Felipe”, a propósito de Motley, se refería naturalmente a los primeros capítulos de *The Rise of the Dutch Republic*, en los que el historiador norteamericano describía el despotismo contrarreformista de Felipe II en España y los Países Bajos (Motley, 1873: 50-115). Tras la abdicación de Carlos V en 1555, el joven príncipe católico se hizo cargo de aquellos reinos rebeldes, a los que aplicó severamente el poder militar y eclesiástico del imperio para mantener la lealtad de los holandeses puritanos (1873: 80-84). Evidentemente, Martí leyó con fascinación el relato de Motley sobre el heroísmo de los arminianos, encabezados por Johan van Oldenbarnevelt, en su lucha contra el imperio católico romano germánico. Bastaría recordar que las hogueras de los autos de fe en la Plaza Mayor de Madrid, en tiempos de Felipe II, eran para Martí el símbolo perfecto de la intolerancia y el absolutismo (Martí, 2003: 286).

Este aprecio de Martí por Motley se manifestó también en el hecho de que no lo mencionara en su crítica de la “historia retórica” que, a su juicio, se desató durante las fiestas del centenario de la Constitución de 1787 y el inicio de la primera presidencia de Washington en 1789. Martí, que ha seguido con entusiasmo la conmemoración, se siente a fines de la década saturado de tanta exaltación de la grandeza norteamericana y lanza una crítica directa a la demagogia política en Estados Unidos. Historiadores como el propio George Bancroft o John Bach McMaster o Hermann Eduard von Holst o Benson John Lossing, que estuvieron muy ocupados en aquellos años o que eran profusamente citados por senadores y secretarios de Estado eran, según Martí, “retóricos” porque articulaban un “discurso retroactivo”, donde “se recalentaban los manjares servidos en los libros de historia” y donde “se entretiene la vanidad

con enumeraciones y estadísticas, que suenan hondo como los tambores, y suelen andar huecos como ellos” (Martí, 2003: 1244).

Martí, que en sus primeras crónicas sobre Bancroft, valora algunos elementos de la historiografía positivista, termina rechazando los textos que carecen de esas “verdades que el genio descubre en el análisis de lo actual para guiarse en lo futuro” (1244). La diferencia entre Motley y Bancroft, advertida por el cubano, es la misma que Fernand Braudel, Hayden White, Sheldon Wölin y otros estudiosos de la historiografía moderna del siglo XIX notaron en sus lecturas paralelas de Marx, Tocqueville, Michelet, o los morfólogos de las culturas y las civilizaciones como Burkhardt, Spengler o Toynbee, a quienes ubicaron en una relación tensa con el positivismo (Braudel, 1970: 130-143). En Estados Unidos, esa historiografía positivista cedía fácilmente a la demagogia y el chovinismo en la representación del pasado, glorificando hitos y héroes.

Martí simpatizó con esa historiografía útil, que se ponía en función de una pedagogía cívica, y en varios textos sobre América Latina y Cuba expresó el deseo de que esa tradición arraigara en la isla y el continente. Pero tampoco dejó de observar el peso negativo de una retórica que hacía resonar los tambores huecos del pasado. Esa deriva crítica de Martí en sus últimos años en Nueva York, justo antes de su inmersión en el proceso independentista cubano, viene a agregar matices al republicanismo neoclásico del cubano y, sobre todo, a las tensiones de ese *ethos* republicano con un patriotismo colonial y antiesclavista en el Caribe hispano. A pesar de su apego al modelo cívico de nación, había en José Martí suficientes alertas como para detectar el vaciamiento de los contenidos políticos de la historia nacional en las ceremonias de legitimación de un Estado.

BIBLIOGRAFÍA

- BALLÓN AGUIRRE, José (1986), *Autonomía cultural americana: Emerson y Martí*. Madrid: Pliegos.
- (1995), *Lecturas norteamericanas de José Martí: Emerson y el socialismo contemporáneo*. México: CCYDEL-UNAM.
- BANCROFT, George (1865), “The Place of Abraham Lincoln in History”, *The Atlantic*, (junio). Disponible en: <http://www.theatlantic.com/magazine/archive/1865/06/the-place-of-abraham-lincoln-in-history/308479/>
- BRAUDEL, Fernand (1970), *La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza.
- CURTIS, George William (ed.) (1889), *The Correspondence of John Lothrop Motley*. Vol. 1. London: John Murray.
- FOUNTAIN, Anne (2003), *José Martí and U. S Writers*. Gainesville: The University Press of Florida.

- HOLMES, Oliver Wendell (1879), *John Lothrop Motley. A memoir*. Boston: Houghton, Osgood and Company.
- MARTÍ, José (2003), *En los Estados Unidos. Periodismo de 1881-1892*. FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto y RODRÍGUEZ, Pedro Pablo (edición crítica). Madrid: FCE, ALLCA XX, UNESCO.
- MATHIESSEN, Francis O. (1941), *American Renaissance. Art and Expression in the Age of Emerson and Whitman*. New York: Oxford University Press.
- McFARLAND DAVIES, Andrew (1891), "George Bancroft", *Proceedings of American Academy of Arts and Sciences*, XVII: 3-4.
- MOTLEY, John Lothrop (1873), *The Rise of the Dutch Republic. A History*. London: George Routledge and Sons.
- ROJAS, Rafael (2009), *Las repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la Revolución de Hispanoamérica*. Madrid: Taurus.
- ROTKER, Susana (1992), *Fundación de la escritura: las crónicas de José Martí*. La Habana: Casa de las Américas.
- WHITE, Hayden ([1973] 1992), *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- WILSON, Edmund (1962), *Patriotic Gore*. Oxford: Oxford University Press.